

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>
2020. nº 20, Texto 26: 365-377

Universidad de Jaén (España)
ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://dx.doi.org/10.17561/rae.v20.26>
Recibido: 27.07.2020 Admitido: 23.11.2020

TERRITORIALIZACIÓN DEL MIEDO E INSEGURIDAD EN EL DISTRITO DE AYACUCHO

Juan B. GUTIÉRREZ MARTÍNEZ; Claudio ROJAS PORRAS
Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (Perú)
Juan.gutierrez@unsch.edu.pe, claudio.rojas@unsch.edu.pe

Territorialization of fear and insecurity in the district of Ayacucho

Resumen

El objetivo del presente trabajo es identificar a los actores productores del miedo y la inseguridad en el distrito de Ayacucho, a través de las propias experiencias, vivencias de las personas y organizaciones sociales diferenciadas por sus roles, género y aspectos generacionales, lo que amplía y complejiza los discursos y narrativas sobre el tema, ya que en la cotidianidad cada sujeto comporta simultáneamente diversos vínculos y pertenencias, como habitante, padre de familia, estudiante, ama de casa, trabajador, funcionario y comerciante. Por ello, en términos metódicos, la selección de los informantes estuvo basado en la identificación de personas residentes de esta ciudad.

Abstract

The objective of this work is to identify the actors that produce fear and insecurity in the Ayacucho district, through the experiences, experiences of people and social organizations differentiated by their roles, gender and generational aspects, which broadens and It makes the discourses and narratives on the subject more complex, since in everyday life each subject simultaneously behaves with different links and belongings, such as an inhabitant, a parent, a student, a housewife, a worker, an official and a merchant.

Palabras clave

Territorialidad. Inseguridad. Pandillas. Miedo
Territoriality. Insecurity. Gangs. Fear

Introducción

Desde la década del sesenta del siglo XX, Huamanga pasó por un proceso de urbanización y crecimiento demográfico sin precedentes, producto de oleadas migratorias del campo a la ciudad, fenómenos que adquirió mayor intensidad en los ochenta, como consecuencia del conflicto armado interno, lo que generó ocupaciones de fundos para vivienda y la formación de barrios en las zonas periféricas de la urbe ayacuchana, convirtiéndose en refugio de los desplazados que huyeron de sus pueblos y comunidades de origen alentados por el miedo, la inseguridad y el temor causados por grupos subversivos y miembros del ejército. Esto trastocó intensamente la anterior distribución, organización urbanística y dinámica de la ciudad.

Dentro de la misma ciudad, surgieron actores de carácter colectivo con cierta estructura, característica, dinámica y sentido de pertenencia, circunscritos en la producción del miedo y la inseguridad, que adquirió auge en la década del noventa.

El objetivo del presente trabajo es identificar a los actores productores del miedo y la inseguridad en el distrito de Ayacucho, a través de las propias experiencias, vivencias de las personas y organizaciones sociales diferenciadas por sus roles, género y aspectos generacionales, lo que amplía y complejiza los discursos y narrativas sobre el tema, ya que en la cotidianidad cada sujeto comporta simultáneamente diversos vínculos y pertenencias, como habitante, padre de familia, estudiante, ama de casa, trabajador, funcionario y comerciante. Por ello, en términos metódicos, la selección de los informantes estuvo basado en la identificación de personas residentes de esta ciudad.

El trabajo de investigación fue abordado desde un enfoque del territorio como producto social, complejo y multidimensional que posibilita la comprensión e interpretación de las relaciones individuales con el ámbito espacial, que nos permita concebir como espacio modelado por el hombre en función de sus necesidades, superando el concepto clásico que delimita y representa el espacio como un plano lineal, medible y objeto de descripción, buscamos concebir desde una perspectiva que trasciende la concepción objetivista que aborda como simples escenarios físicos para la acción, y se estudie en cambio desde el reconocimiento de la dimensión sociocultural.

En otros términos, la lectura de la ciudad desde la territorialidad permite su aprehensión y comprensión como proceso y construcción de agentes sociales. Los hombres marcan, configuran, reorganizan, habitan, transforman y se apropian del territorio; pero a su vez, dicho territorio afecta y transforma a los seres que lo habitan, trascendiendo sus características físicas, hasta convertirse en el lugar donde se gestan y configuran las identidades, pertenencias y la personalidad. En ese sentido, el territorio no tiene relación de proximidad con las determinaciones geopolíticas, sino más bien con las relaciones sociales, las percepciones subjetivas sobre sus límites, los poderes en pugna, entre otros.

En síntesis, sobre la base de esta concepción y escenario, surge la siguiente interrogante: ¿Quiénes son los actores con predominio en la producción de territorios del miedo e inseguridad a escala barrial en el distrito de Ayacucho? En este trabajo partimos de la hipótesis que, en la memoria y el imaginario de los pobladores, los actores que marcaron y marcan hoy la construcción del territorio del miedo y la inseguridad a escala barrial y comunal son las pandillas juveniles, la delincuencia común emergente, los drogadictos y los alcohólicos.

El trabajo está organizado en dos partes: La primera desarrolla la problemática epistemológica y metodológica, dando cuenta del carácter interdisciplinario de la construcción del objeto/sujeto de estudio, lo cual nos permitió elaborar una definición adecuada y la orientación de los estudios del territorio.

La segunda determina los principales actores productores del miedo y la inseguridad asociados a sectores críticos y/o vulnerables específicos del área de investigación, presente en la memoria y el imaginario de los pobladores y las autoridades locales, identificados durante el periodo en estudio.

Complejidad conceptual del territorio y territorialidad.

Entre las últimas décadas del siglo XX resurge el interés por el estudio de la ciudad desde diferentes disciplinas científicas, siendo las ciencias sociales y la antropología en particular las que más destacan y adquieren mayor protagonismo en el interés por el problema en debate y los cambios generados por el proceso de globalización que se vislumbra especialmente en la institución de nuevas prácticas sociales, políticas y culturales; así como por el surgimiento de nuevas problemáticas que perturban la seguridad, dando lugar al incremento de la inseguridad ciudadana, materia de análisis en el presente trabajo.

El nuevo contexto por el que atraviesan las ciudades, ha generado en los estudiosos un profundo interés e inquietud por escudriñar caminos y nuevos accesos (teorías y métodos apropiados) que viabilicen estudiar desde su complejidad. Uno de los aportes fundamentales fue dotarlo de contenido social, el territorio emerge como un concepto social y, en ese sentido, ayuda en la interpretación y comprensión de las relaciones sociales vinculados con la dimensión espacial, como las prácticas sociales y los sentidos simbólicos que los seres humanos desarrollan en la sociedad, donde alguna de las cuales cambian de manera fugaz.

Desde esta perspectiva el concepto de territorio pasa a ser definida y expuesta a partir de la territorialidad– delimitada como una acción social, un producto social –lo cual indudablemente proyecta nuevas entradas teóricas y metodologías que reivindican al sujeto como productor prácticamente único de lo social¹. Quiere decir, la realidad y su conocimiento quedan establecidos socialmente² y para lograr comprender resulta necesario describir, interpretar y descentrar el sentido que el sujeto social le imprime a su acción, es decir, interpretar el sentido y/o significado de la acción³.

En efecto, nuestro interés en esta parte del trabajo es someter a discusión el concepto de ciudad en tanto territorio, con la intención de superar las enunciaciones objetivistas que definen como un ente físico y una proporción de naturaleza con cualidades físicas, climáticas y ambientales; para luego determinar desde los procesos y grupos sociales que lo han transformado e intervenido en parte de su devenir. Como señala Abilio Vergara (2017), hay que entender a la ciudad territorio como una extensión espacial que imbrica con una relación social exclusiva. La intención es que la ciudad se entienda como forma espacial, símbolo cultural o producto social.

Así, la ciudad en tanto territorio requiere ser identificada desde los ejercicios de territorialidad que los configuran, cuyas fuentes de expresión territorial son actores públicos, privados, comunitarios, civiles o armadas y sujetos con múltiples identidades y pertenencias, herencias históricas y memorias culturales. Si bien todos estos marcan simultáneamente el territorio, algunos logran mayores o menores grados de expresión, fortalecimiento y definen las prácticas territoriales y relaciones espaciales.

Por consiguiente, los conceptos de espacio, territorio y territorialidad no son dimensiones separadas o alternativas, sino como señala Vergara (ibíd.: 12) formaciones que realizan el continuum de lo social en la cultura y las formas de poder.

Por otro lado, la ciudad como cualquier otro “lugar” producido, practicado y construido socialmente no puede abordarse como un espacio geográfico total, sino como un conjunto de relaciones sociales que adquieren forma de acuerdo a contextos históricos particulares y bajo regímenes sociales, económicos y políticos específicos.

Los integrantes de la ciudad construyen sus espacios desde la casa o el espacio doméstico hasta la ciudad como un todo, desde los que arrojan basura en las ceras hasta quienes se estacionan en los espacios públicos; todos van configurando nuevas formas del espacio, concepciones y mapas de las ciudades o lugares de residencia.

Siguiendo la propuesta de Castells (1977), el espacio es el resultado de las relaciones sociales y las prácticas materiales. Aunque muchos han llegado a considerar este planteamiento como parcial y demasiado reduccionista, pues ignoran las maneras en que lo social también está siempre espacialmente constituido.

Otra proposición teórica para entender la relación entre antropología y las ciudades procede de Henri Lefebvre, para quién el espacio de la ciudad no es una expresión directa de estructuras sociales y económicas, sino un modo de producción en sí mismo que participa de la producción del espacio, un producto de formas localizadas de práctica social: “es el resultado de una historia que debe concebirse como el trabajo de “agentes” o “actores sociales”, de “sujetos colectivos” (Lefebvre 2013: 127). De las interacciones, las estrategias, los éxitos y los fracasos de los grupos sociales “surgen las cualidades y “propiedades” del espacio urbano”.

También coincidimos con la propuesta de Michel De Certeau, quién señala que “el espacio es un lugar practicado”, para indicar que es solo a través de las prácticas diarias de los habitantes urbanos que el espacio de la ciudad toma forma. En ese sentido, “hay tantos espacios como experiencias espaciales distintas” (De Certeau 1996: 117).

Asimismo, para Niño (2000), la ciudad es un espacio en permanente construcción, donde juegan un papel importante las percepciones y los imaginarios que elaboran los ciudadanos

¹ Zamora, Antonio: “Aproximaciones para el estudio de la acción social. De los reduccionismos objetivistas y subjetivistas a propuestas globalizadoras” pp. 13- 34.

² Véase Berger y Luckmann (2001): La construcción social de la realidad.

³ Véase Schutz, Alfred (1972): Fenomenología del mundo social.

respecto al espacio que ocupan. Las percepciones y los imaginarios se hacen visibles a partir del “posicionamiento” desde donde se vive la ciudad, es decir, la ciudad es una realidad que no es vivida ni sentida de la misma manera por todos sus habitantes.

En tanto, para Delgado (2007), lo urbano suscita un tipo singular de espacio social: el espacio urbano. Como todo espacio social, el espacio urbano resulta de un determinado sistema de relaciones sociales cuya característica singular es que el grupo humano que los protagoniza no constituye una comunidad estructuralmente acabada, a la manera cómo la antropología ha venido asumiendo como su objeto tradicional de estudio, sino más bien una proliferación de aspectos relacionales compuestos de usos, componendas, impostaciones y adecuaciones mutuas que van emergiendo a cada momento.

Por lo tanto, la lectura de la ciudad territorio desde las territorialidades permite su aprehensión y comprensión como proceso y construcción de agentes sociales (individuales, grupales, privados, estatales, etc.). Mientras los hombres marcan, habitan, transforman y se apropian del territorio, lo configuran y reorganizan de acuerdo a la forma como se relacionan entre sí dentro del mismo, pero a su vez, dicho territorio afecta y transforma a los seres que lo habitan y se constituye en parte vital de los sujetos. De esta manera trasciende sus características físicas, hasta convertirse en ese lugar donde se gestan las identidades y pertenencias y se realiza la personalidad. Esto sugiere que el concepto de territorio no tiene relación de proximidad o afinidad con las determinaciones geopolíticas; sino más bien con una definición (proposición) que contenga las relaciones sociales de sus habitantes y extraños, las percepciones subjetivas sobre sus límites, los poderes en pugna, entre otros.

De este modo, entre el territorio y la territorialidad, como fenómenos interdependientes, se desarrolla un tipo de relación en la cual la territorialidad es el elemento constituyente del territorio. En ese sentido, el territorio no es exclusivamente espacio físico, función, materia o forma, sino producción constante. Como asunto en permanente configuración, dinámico y cambiante, lo físico es apenas una de las tantas dimensiones en que se expresa la territorialidad.

Actores y territorios del miedo e inseguridad: imaginados y vividos

En este acápite se busca determinar y revelar a los principales actores productores del miedo y la inseguridad circunscritos a ciertos sectores críticos y/o vulnerables concretos o imaginarios del distrito de Ayacucho en materia de inseguridad, presentes en la memoria y el imaginario de los agentes sociales y las autoridades locales.

El trabajo de investigación se sustenta sobre la base de la información acopiada mediante diálogos con habitantes de la ciudad: personas de la calle, grupos de jóvenes, etc. Pero también a través de informantes que nos cuentan historias cotidianas del barrio, quienes se aproximan al tema de sus vivencias más personales y no tanto desde un proceso organizativo. En ese sentido, el trabajo consistirá en determinar los actores territoriales de la inseguridad y el miedo desde la percepción de los ciudadanos diferenciados en sus roles, a sabiendas de que esta no sucede de manera absoluta, ya que cada habitante comporta simultáneamente diversos vínculos y pertenencias como ciudadanos que le permite mover y transformar sus visiones de acuerdo con el rol social, el oficio, el género, la generación, la ubicación social, económica, como padre de familia, estudiante, funcionario, ya que en la elección de los informantes e interlocutores se buscó identificar a personas residentes de esta ciudad.

En la visión de los informantes y los entrevistados, las pandillas juveniles fueron identificadas como agentes que mantienen predominio en la delimitación de territorios del miedo y la inseguridad en la dimensión barrial y comunal en el distrito de Ayacucho; seguido de la delincuencia común emergente, alcohólicos y drogadictos, cuya escala territorial es relativamente pequeña con relación a los agentes mencionados líneas arriba. Sin embargo, nos llama la atención profundamente el punto de vista de los actores de la ciudad respecto a la identificación de los “jóvenes pandilleros” como agentes productores del miedo y la naturaleza de la inseguridad ciudadana actualmente en el distrito de Ayacucho; ya que estos actores tuvieron su época de auge y apogeo de 1992 al 2001, llegando incluso a su máxima expresión durante los últimos años de la década del

noventa, como se puede evidenciar en el siguiente cuadro que nos presenta la tasa de crecimiento por año del número de grupos de pandillas en el distrito.

Tabla 1. Número de pandillas en Ayacucho (1998-2001)

AÑO	NUMERO DE PANDILLAS
1989 - 1992	01
1992 - 1996	18
1996 - 1998	23
1998 - 2001	41
Total	83

Fuente: PAR, 2004. Elaboración: Propia.

A partir del 2001, el fenómeno social en cuestión fue en descenso progresivo en todo lo que se refiere al número de grupos de pandillas y su presencia en la ciudad. Frente a esta realidad descrita, existe el interés de conocer por qué estas organizaciones juveniles mantienen presencia en la memoria y el imaginario de los ciudadanos, como actores generadores del miedo y la inseguridad ciudadana.

Para resolver nuestra inquietud consideramos fundamental hacer una breve descripción del proceso de urbanización de la ciudad, con el propósito de establecer los cambios que marcaron intensamente en la vida de la ciudad, y paralelamente dispusieron las condiciones para el surgimiento de las pandillas en Ayacucho. En efecto, uno de los elementos centrales dentro de ese proceso fue el incremento demográfico de la ciudad de Huamanga, que empezó a manifestarse con cierta dinamicidad a partir del sesenta. Sin embargo, esta tendencia creciente de la población huamanguina, parece ser solo una antesala en contraste al incremento espectacular del ochenta, como consecuencia de la guerra desencadenada entre los miembros del ejército y el grupo paramilitar y Sendero Luminoso.

Una de las primeras e importantes oleadas migratorias se produjo a partir de los años de 1960, que tuvo como efecto la reapertura de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, donde la población crece de manera considerable y sin precedentes. Por ello, las primeras invasiones de terrenos urbanos en Ayacucho se remiten aproximadamente a esa década con la invasión del fundo Arco Pampa de la familia Montes de Oca. En las partes altas de la ciudad (tierras de ladera) se formó "la Asociación de Vivienda Progreso" que agrupa a los barrios de Santa Ana, Belén, Quinuapata y Yuraq Yuraq, que se sumaron a los barrios ya existentes (tradicionales): Magdalena, Puka Cruz, Carmen Alto, San Sebastián, Tenería y Santa Ana⁴.

En otros términos, el *reinicio* del funcionamiento de la Universidad hizo que la ciudad se convierta en un centro de atracción, básicamente de carácter educativo; escenario que paralelamente coincidió con el inicio de un movimiento social que aglutinó demandas prioritarias de habitantes de barrios periféricos de la ciudad, en especial la entrega de títulos gratuitos a poseedores de lotes en las laderas.

Al mismo tiempo que surgieron los asentamientos humanos más populosos, como la Libertad (1963), Yuraq Yuraq (1966), Barrios Altos (1964) y León Pampa (1966)⁵; otros barrios, la mayoría sobre las laderas de la ciudad, iniciaron en esta década su periodo de expansión: Capillapata, Acuchimay, Andamarca, Calvario, Quinuapata, Soquiato, Pilacucho y Conchopata.

De esta manera, la década en mención marca una tendencia histórica en lo que se refiere al crecimiento de la población huamanguina, ambiente que a la vez trae como consecuencia una profunda crisis y demanda de viviendas por la población migrante. Y la falta de solución al problema de la vivienda por el Estado impulsa a la población hacia los alrededores de la ciudad en busca de un terreno para construir su casa propia (González: 1995: 128).

⁴ González Carré, Enrique y otros. La ciudad de Huamanga: espacio, historia y cultura. UNSCH y Centro Peruano de Estudios Sociales. Ayacucho, 1995.

⁵ *Ibíd.* 1995: 128.

Posteriormente, a partir del ochenta, se produce un fenómeno relativamente nuevo en el departamento de Ayacucho, el desplazamiento⁶ poblacional y un nuevo tipo de migración como producto del conflicto armado interno que, a diferencia de las migraciones tradicionales el desplazamiento de hombres, mujeres, ancianos y niños se caracterizaron por ser forzados, compulsivos, intempestivos y negativos en tanto reduce sus objetivos a la preservación de un derecho elemental: la vida. La ciudad de Ayacucho se convirtió en lugar de destino, y refugio de los desplazados, esencialmente de la población campesina que huía del conflicto armado, alentada por el miedo, la inseguridad y el temor causados por el conflicto armado interno y el proceso de la guerra, y trastocó intensamente la anterior distribución y organización urbanística de la ciudad.

Las cifras comparadas de los censos de 1961, 1972, 1981 y 1993 puede graficar mejor los cambios demográficos en los ámbitos urbanos y rurales de la ciudad.

Tabla 2. Evolución demográfica de la provincia de Huamanga

	1961	1972	1981	1993
Total	69,779	97,166	128,813	171,581
Urbana	27,647 (40%)	48,100 (49%)	74,551(58%)	119,616 (70%)
Rural	43,132 (60%)	49,006 (51%)	54,262 (42%)	51,969 (30%)

Fuente: Degregori: 1995, citado por González Carré, 1995: 132.

Entre 1961 y 1972, la población urbana crece en aproximadamente en 9% y la rural disminuye en la misma dimensión, registrándose un crecimiento más alto de la población urbana entre los años de 1981 y 1993 (12%), decreciendo en la misma proporción la población rural. El proceso de migración hacia zonas urbanas implicó que desde 1981 Ayacucho deja de ser una región mayoritariamente rural, aunque no puede dejar de señalarse que, en 1993 la presencia de la población rural era aún fuerte (30%).

En efecto, este proceso social interno, como se observa en el cuadro, provocó un crecimiento demográfico explosivo, fenómeno que también se evidencia y materializa en la presencia y constitución de nuevos barrios y asentamientos humanos que se extienden a lo largo y ancho de la antigua ciudad colonial de Huamanga.

La multitud humana que se refugió en la localidad desde los años ochenta ha provocado que la ciudad se desborde y adquiera nueva fisonomía por medio de la descentralización del núcleo urbano a través de la creación y constitución de nuevos distritos como: Jesús Nazareno, Mariscal Cáceres, sumados a los anteriores: San Juan Bautista, Carmen Alto y el distrito de Ayacucho de la provincia de Huamanga.

De esta manera, los impactos de la guerra y su penetrante expansión en la región originaron un aumento cuantitativo de población que buscó establecerse en los márgenes de la ciudad como resguardo y posibilidades de sobrevivencia, ya que no migraron en busca de mejores oportunidades de vida sino por la coacción de la violencia terrorista.

Estos procesos marcaron el inicio de una nueva etapa en la vida de la ciudad donde empezaron a manifestarse de manera importante la pobreza, la exclusión social que no solamente se traduce en las carencias materiales extremas, una profunda desestructuración familiar y comunitaria, sino también en rencor, resentimiento social y búsqueda de estrategias de sobrevivencia. Empezó a manifestarse actividades de autoempleo a través de pequeños negocios, como venta ambulatoria de comida, chicherías en los barrios, venta de tragos baratos en cantinas, entre otros, de acuerdo a las habilidades creativas de los migrantes. Es el periodo donde los desplazados iniciaron un proceso de adaptación y estabilización en un contexto diferente, impulsados por los mecanismos y estrategias de sobrevivencia inmersos en un contexto económico neoliberal.

En consecuencia, tras el periodo de represión y temor generalizado, se produjo una liberalización de los comportamientos y actitudes, expresados en el recrudecimiento de fenómenos como las pandillas juveniles, el alcoholismo, la delincuencia común, la violencia familiar, la

⁶ Coral, Isabel. Desplazamiento, inserción y retorno en Ayacucho (1993-1997).

destrucción del tejido social en términos culturales e intersubjetivos y ausencia de Estado que se encuentra latente como factor de inseguridad.

Las pandillas juveniles: prácticas, marcas y control territorial

La presencia de organizaciones juveniles en el distrito de Ayacucho durante la década del noventa no es un hecho inédito, ya que sus orígenes se remontan a las primeras migraciones masivas de las poblaciones del campo a la ciudad, motivados básicamente por dos razones: primero, terreno gratuito, casa propia, oportunidad de construir y mejorar la casa propia a través del acceso a “tierras de laderas”, demanda propiciada por los mismos migrantes por la escasez de viviendas; y segundo, posibilidades de acceso a la educación que constituyó el “mito del progreso” de las poblaciones rurales. Es decir, las primeras formaciones juveniles surgieron aproximadamente entre mediados de las décadas del sesenta e inicios del setenta, denominadas “manchas barriales” en Ayacucho; cuya organización obedece sobre todo a identidades sociales opuestas, definidos en términos de pertenencia a ciertas organizaciones políticas, instituciones educativas y clubes deportivos y no tanto como una agrupación criminal dedicada a actividades delictivas.

Estas organizaciones generacionales representan la experiencia específica de los jóvenes en el seno de espacios institucionales (la escuela, el trabajo), espacios parentales (la familia, el vecindario) y sobre todo de espacios de ocio (la calle, la esquina, el baile, etc.). En estos ámbitos circunscritos, el joven se encuentra con otros jóvenes y empiezan a identificarse con determinados comportamientos y valores diferentes a las vigentes en el mundo adulto (Feixa, 1999: 81-105).

[...] siempre hubo...antes se llamaban manchas, paraban en las esquinas...incluso de veían en los colegios la presencia de agrupaciones de jóvenes que debatían temas de política, veladas literarias y serenatas [...] (Ciudadano de 70 años: abril, 2018).

La presencia de esta primigenia congregación juvenil de carácter barrial y social se ve interrumpida, fruto de la política de la organización guerrillera que procedió a una operación de limpieza que consistió en el sistemático asesinato de cualquier minoría considerada “indeseables”. Los jóvenes de las barriadas populares serán un blanco predilecto de la matanza. La gente sabe de qué se trata: “decían que la limpieza era para acabar con la escoria de la sociedad”.

[...] En la época del terrorismo en una fiesta chicha, organizada en Quinuapata mataron a dos cabecillas de grupos de pandillas juveniles, cuyos cuerpos fueron colgados en la puerta de la fiesta [...] (conversación con un ciudadano de 70 años: abril, 2018).

De esta manera, el accionar de la organización paramilitar, no solo se refleja en estos eventos sino también en hechos como la pérdida de vidas humanas (muertos: 3877), desaparecidas (1064), torturadas (1204), discapacitados (561), huérfanos (5974). Asimismo, significó también profundos cambios en las instituciones tradicionales como la familia, las estructuras de organización comunal y un importante proceso de desplazamiento social (Censo por la Paz 2006).

Así, se trata de jóvenes de espacios urbanos populares, en su gran mayoría estudiantes de educación básica regular, pero también de instituciones educativas de nivel superior que disponían de tiempos de ocio durante los días de la semana, sobre todo sábados y domingos para estar en grupo en las esquinas de sus barrios y canchas deportivas, lugares considerados espacios vitales y marcados por una rutina, donde se comparten sentimientos, pasiones por la música, deporte y las discusiones políticas.

[...] En el colegio Mariscal Cáceres, conocí a Abram, quien vivía por Maravillas, con quienes salíamos a pasear y jugar fulbito, casi todos los días. Así, llegué a integrarme al grupo de “patas” – con quienes formamos el “club la sombra”, que

posteriormente pasó a llamarse la “mancha sombra” [...] (Ex pandillero: abril, 2018).

Sin embargo, el progreso del conflicto armado interno mostró un cierto agotamiento y debilidad en su accionar, creando una situación límite derivado de los años de la guerra que estimuló grandes cambios removiendo las bases mismas de la vida cotidiana, así como la estructura social y económica imperante.

La ciudad de Huamanga dejó de ser el pequeño lugar familiar que todos conocían para transformarse en una ciudad populosa de barrios nuevos y desconocidos, que implicó el surgimiento de nuevas actividades que poco a poco reemplazaron a las tradicionales. Viviendas modestas apiñadas en torno a la ciudad, con una multitud de talleres instaladas en sus interiores, ejércitos de ambulantes vendiendo en las calles e incontables líneas de transporte, ensanchando y densificando el espacio urbano. El desierto y los cerros que rodean la ciudad dejaron de ser paisajes pasivos para incorporarse a ella.

Así, a partir de 1993, las acciones de Sendero Luminoso comenzaron a desvanecerse, las incursiones guerrilleras disminuyeron significativamente, la organización entra en un proceso de debilitamiento como producto de la captura de su líder principal Abimael Guzmán en septiembre de 1992, mientras que la vida de la ciudad comenzó a recuperar una aparente normalidad y reorganización.

La motivación ocasionada por la caída de las acciones armadas no solo propició la reestructuración social sino también el surgimiento de una nueva sensación de temor e inseguridad en los habitantes de la localidad, quienes pasaron a enfrentar una nueva tasa creciente de delitos comunes y violencia generalizada por nuevos actores y escenarios como el renacimiento y reorganización de las “manchas juveniles”, cuya formación y presencia se evidenció en distintas partes de la ciudad de Huamanga que comenzaron a involucrarse en luchas callejeras violentas entre sus pares y la realización de actos delictivos como el hurto, delitos menores y violaciones sexuales.

[...] vivíamos en la casa de Calvario porque ya no podíamos regresar a nuestras casas... después salíamos a laburar a los parques de licenciados, Nazarenas, asaltaban a las parejitas en cualquier sitio, si se ponían sabrosos les metían punta o golpe [...] (Ex pandillero: abril, 2018).

Como se observa, estas organizaciones se caracterizaron principalmente por el empleo de la violencia y el conflicto en sus diferentes expresiones, ejemplo, para su conformación, estructura organizacional y dinámica dentro de la sociedad. Como señala Abilio Vergara (2010:64), el conflicto es una referencia importante de la identidad del pandillero, lo cual se manifiesta y se hace visible en las rivalidades que existen entre grupos de pandillas existentes, una forma fácil y práctica de distinción de aquellos grupos de jóvenes que no lo son.

[...] cuando estaba andando solo en la calle los Tuxis me chaparon y me golpearon duro...diciendo que yo era el bacán... Ahora quéjate a tu jefe... Así, se armaba la bronca [...] (Ex pandillero: abril, 2018)

[...] Las Langostas eran bronca de los Tuxis (TX) [...] Las chicas langostas, se llamaban a las mujeres, tenían un dirigente que se llamaba “Estrella” – buscaba peleas con varones y mujeres de otros grupos [...] (Ex pandillero: abril, 2018)

[...] Los chuces en la mano se hacían los faites, incluso se quemaban las manos con cigarro encendido (eran... jefes) [...] (Ex pandillero: abril, 2018).

Estas pruebas nos sugieren que las pandillas juveniles surgieron más por rivalidades personales entre jóvenes, competencias por el ejercicio del poder entre unos y otros, así como por identidades y pertenencias a colegios y barrios. Son agrupaciones que parten de la

autoorganización que aparecen en los barrios y colegios, con una compleja combinación de valores y conductas de sus integrantes y cuya finalidad es la búsqueda de su identidad a través de comportamientos violentos que transgreden normas de convivencia social.

[...] *Siempre había abusivos (faiticitos) que a los “chibolos” nos pegaban en el colegio o las fiestas organizadas en las discotecas. Nos quitaban nuestras mochilas, obligaban a que invitemos una gaseosa o que le diéramos nuestras propinas. Esto se me quejaban mis patas del “cole” o el barrio que eran mi gente, yo los iba a buscar juntamente con ellos para chancarlos en la disco o el colegio [...]* (Ex pandillero: abril, 2018).

[...] *cuando iba a las discos, casi siempre me encontraba con los mancheros y me seguían jodiendo; hasta que un día en mi cuadra decidimos formar parte de los “rebeldes” y así llegue a formar parte de esta mancha [...]* (Ex pandillero: abril, 2018).

Esta tendencia violenta de las pandillas hace que invoque una pertenencia territorial a una escala local o barrial; es decir, la gran mayoría de estas organizaciones juveniles urbanas reivindica un territorio y lo defiende como suyo. Normalmente están son consideradas como zonas periféricas o urbanas marginales, como se evidencia a continuación:

Barrios	Pandillas juveniles
Belén	Vampiros Kids, Duende y Reyes
Las Nazarenas	Sombra I
San Juan Bautistas	Sicarios
Carmen Alto	Diablos
San Sebastián	Diablos
Maravillas	Sombra II
Libertadores	Langostas
Enace	Tuxis

Fuente: Testimonio de un expandillero: abril, 2018

Las pandillas juveniles mantienen un lazo pronunciado con ciertos espacios territoriales, donde ejercen poder y control, muchas veces cometiendo acciones violentas e ilícitas, aspectos que atraían la atención de los habitantes del distrito. Pero también las pertenencias y demarcaciones territoriales se establecieron de maneras diferentes, entre ellos los grafitis, pintas, etc.

[...] *Los escritos y pintas que se hacían en determinados lugares, significan limite, no permitían entrar a otros grupos, era sinónimo de hacer notar su presencia de un grupo...las pintas representan respeto a un espacio, o sea marcaba su presencia [...]* (Ex pandillero: abril, 2018).

El pandillero se hace visible y no pasa inadvertido no solo por la cantidad de sus integrantes, su apropiación territorial y la manera de habitar la ciudad; sino y sobre todo, porque impone su ley tornándose notorio, resaltando a cada momento su condición violenta. Bajo esta postura construye un poder socialmente eficaz, ejerce un dominio sobre la esfera pública local desatando un conflicto con diversos actores: vecinos, fuerzas policiales, autoridades locales y otras pandillas, cuyos efectos se manifiestan en el fuerte arraigo del miedo y la inseguridad ciudadana:

[...] *Ante la ola de la inseguridad registrada los últimos meses evalúa declarar en emergencia a Ayacucho. El gobernador manifestó que los robos, asaltos y delincuencia no solo se han incrementado en la ciudad, sino también las provincias[...]* (Gutiérrez: 2017: 69).

La presencia del miedo en la subjetividad de nuestros informantes se ha instituido por la “lógica de los actores”, esto es, los actores sociales realizan construcciones imaginarias y reales del territorio a través de ciertas estrategias de comportamiento, las prácticas cotidianas y sus formas de relación con el territorio. La determinación de estos espacios tiene mucha relación con las experiencias personales de victimización.

[...] *El pandillaje es un problema de todos los días, quienes en horas de la noche aprovechan la falta de iluminación para asaltar y cometer violaciones sexuales a las mujeres... cuando viene el serenazgo es desalojado por los pandilleros a balazos de ahí casi nada vienen ni siquiera a patrullar, solo dejaron la caseta abandonada [...]* (Vecina del asentamiento: abril, 2018).

Los acontecimientos de violencia generados a escala microsociedad –barrial, comunal– que ocurre en las interacciones cara a cara; generan diversos grados de violencia simbólica, física, psicológica en los pobladores (Vergara: 2010:29). A la vez, las pandillas se instituyen en marca contundente en la memoria de los actores de la ciudad tanto en el tiempo como en el espacio, hay un antes y un después, así como hay sectores más implicados que otros, dependiendo de la magnitud y la forma como aparecen en un tiempo las pandillas juveniles.

Es un hecho insólito la presencia de una gran cantidad de organizaciones juveniles en distintas partes de la ciudad de Huamanga, que fueron involucrados en acciones delictivas y peleas callejeras violentas; pasando a ser un motivo de creciente preocupación, pues se percibía su incremento de modo dramático (véase tabla 1).

En consecuencia, el incremento del número de pandillas y la naturaleza de sus acciones, permite el fraccionamiento de la ciudad y estar bajo el dominio y representación del grupo con intenciones y propósitos diferentes, cuya característica principal se manifiesta en el ejercicio de la violencia, lo que ha generado una connotación negativa en la subjetividad de los ciudadanos, una estigmatización tanto de los jóvenes como también de ciertos lugares.

[...] *Uno de los lugares más peligrosos de la ciudad de Huamanga es la Avenida Javier Pérez de Cuellar –más conocido como Enace que a su vez colinda con Covadonga. Dentro de Enace hay lugares peligrosos como el puente, el parque y el parque del avión de Enace. En este lugar ha ocurrido una serie de hechos de violaciones a estudiantes universitarias y asaltos [...]* (testimonio de una vecina: 30 años, abril, 2018).

Como se evidencia en el testimonio, estos territorios son representados en el imaginario como lugares peligrosos definidos en términos de sus constantes acciones delictivas como asaltos, robos y violaciones sexuales en su mayoría a estudiantes universitarias que transitan constantemente por esos lugares, situación que se corrobora con el temor que tiene el ciudadano cuando recorre la ciudad diariamente.

Asimismo, esta visión se centra en un lugar específico de la ciudad, construida por sus propios vecinos, lo que sugiere que a la ciudad se pertenece por fragmentos. El habitante imagina apenas una parte de su territorio, desde los fragmentos que se articulan en su mente y en sus vivencias aparecen apenas ciertas partes del mismo. Las miradas son también fragmentadas: lugares inseguros, que producen miedo, que amenazan, del abandono/deteriorada, del disfrute, etc., siendo todos ellos imaginarios y territoriales producidos por la misma ciudad.

El vínculo con el barrio, la ciudad y las maneras de percibirla y de vivirla tiene relación directa con la memoria que cada habitante tiene sobre ella, la cual atraviesa por las diferencias generacionales entre los adultos y los jóvenes. Como señala Armando Silva, no es posible una ciudad gris o blanca que no anuncie, en alguna forma, que sus espacios son recorridos y nombrados por sus ciudadanos (Silva: 2000). Así, en la calle, como lugar juvenil por excelencia hay espacios rituales que se manifiestan en eventos deportivos (barras bravas), las fiestas masivas y hasta un

encuentro formalmente religioso. Estos constituyen un “espacio”, un “lugar” ritual donde los jóvenes se sienten convocados.

De esta manera, el aspecto que más ha marcado e impactado en la memoria y el imaginario de los habitantes del distrito es la violencia practicada por los actores territoriales sobre los ciudadanos de manera directa o indirecta.

[...] Los lugares peligrosos son las intersecciones del Jr. Asamblea y Mariscal Cáceres. [...] Con mi novio caminamos hacia el parque después de asistir a la disco, un poco ebrios. La calle estaba silenciosa, era más o menos una de la mañana. En eso vimos 3 jóvenes vestidos de negro, al vernos que estábamos solos se nos acercaron y nos arrinconaron. Me quedé sin zapatos y mi novio se quedó solo con su pantalón [...] (mujer de 24 años, abril, 2018).

En ese sentido, en el amedrentado imaginario colectivo, así como en el de ciertas autoridades locales, quienes producen ese ambiente siguen siendo los pandilleros y pandillas de jóvenes como se han descrito líneas arriba. Esto obedece a que los actores y los lugares han quedado estigmatizados en la memoria de las personas.

Mientras tanto, en la actualidad se evidencia otros espacios territorializados y la presencia de otros actores emergentes del miedo y la inseguridad ciudadana, como la delincuencia común, cuyo radio territorial es más céntrico – de mayor afluencia de gente, como se ve en el siguiente testimonio:

[...] Jr. Asamblea es peligroso a partir de las 12 o 1 de la mañana; porque antes de esa hora no hay mucha gente que transitan por ese lugar, porque están en las discotecas o en los bares, tampoco hay seguridad. Pero a partir de la una salen mucha gente ebria de estos locales y son objeto fácil [...] (joven de 25 años, abril, 2018).

Conocer las marcas territoriales es parte de las reglas de existencia y sobrevivencia y si bien dichas marcas no implican señales concretas, mojones, construcciones, ni muros físicos, son reales y reposan en la memoria de los habitantes en los territorios marcados por la violencia, donde el actor lee sus marcas y aprende a moverse dentro de ellas. De esta manera, un territorio marca las percepciones y comportamientos de sus habitantes, afectando su capacidad para tolerar y su complicidad.

[...] En las esquinas o parques de los asentamientos humanos en el atardecer y en la madrugada paran un grupo de muchachos borrachos, tenemos mucho miedo, no podemos pasar por cualquier cosa nos puede hacer –asaltar, quitarnos nuestras prendas– son pandilleros en estado etílico [...] (Vecino del barrio, abril, 2018).

El estigma⁷ es una construcción imaginaria de los ciudadanos sobre el territorio y los actores de inseguridad asociados con el peligro y acciones delictivas. Esta imagen construida desde los relatos busca conocer las marcas y reglas del juego del territorio.

Los medios de comunicación también contribuyeron enormemente a la estigmatización de ciertos territorios. Gran parte de los territorios de la ciudad que reposan en la memoria y los imaginarios sociales, han pasado por las imágenes construidas por la prensa, en gran medida fundamentadas por concepciones excluyentes, sea mediante la estigmatización o mediante la visión marginalista. Al respecto, el conductor de un medio de comunicación televisiva local hace el siguiente comentario sobre un caso concreto de robo ocurrido:

⁷ Concepto tomado de Erving Goffman, para entender las actitudes y creencias que conducen a las personas a rechazar, evitar y temer a aquellos a quienes perciben como diferentes por sus atributos.

“[...] Emadi, es una zona peligrosa porque es un lugar alejado del centro de la ciudad, por lo tanto, carece de la presencia de las autoridades policiales [...]” (Canal 25, mayo, 2018).

La pertenencia territorial se expresa en el reconocimiento como propio de un centro, de un nosotros, que bien puede darse incluyendo a los otros, o por el contrario desconociéndolos, despreciándolos, satanizándolos o eliminándolos. Ese sentido del nosotros implica una pertenencia cerrada, que puede ser a un grupo o a cierto lugar, como es el caso del barrio en el que se desenvuelve la vida cotidiana de los habitantes de las áreas de investigación.

De esta manera, la aparición de las pandillas se constituye en un hito sin precedentes por su capacidad para marcar las dinámicas territoriales en ciertos sectores de la ciudad, sectores urbanos marginalizados y relacionados con el consumo de alcohol, lugares con ausencia del Estado, pero donde las pandillas marcaron su presencia mediante el control coercitivo y violento del territorio.

La presencia de los actores del miedo y la inseguridad en determinados espacios de la ciudad está relacionada a ciertas condiciones ambientales, como la falta de alumbrado público, ausencia de autoridades que velan por la seguridad ciudadana, zonas deterioradas, etc.

[...] Las personas que vienen a tomar alcohol y consumir drogas en la zona no sólo es del lugar, sino no son de otros lugares, tal vez sea porque casi no hay luz en las noches y no hay serenazgo [...] (Vecino de 24 años, abril, 2018).

Después del ocaso del conflicto armado interno en estos espacios, empieza a desarrollarse una creciente actividad comercial de carácter informal, básicamente cantinas y chicherías habilitadas e improvisadas en domicilios de los vecinos, constituyendo pequeños negocios de carácter familiar. Esta realidad se puede evidenciar por la cantidad de bares existentes y que por esos tiempos constituyeron factores que permitieron el incremento de las pandillas:

[...] cuando salía del colegio nos encontrábamos con la mancha para ir donde el “tío Lucho” y la “Tía Sombra” a tomar chicha con caña [...] (ex pandillero, abril, 2018).

Conclusiones

Desde la década del sesenta del siglo XX, Huamanga pasó por un proceso de urbanización y crecimiento demográfico sin precedentes, producto de oleadas migratorias del campo a la ciudad, fenómenos que adquirió mayor intensidad en los ochenta, como consecuencia del conflicto armado interno, lo que generó ocupaciones de fundos para vivienda y la formación de barrios en las zonas periféricas de la urbe ayacuchana, convirtiéndose en refugio de los desplazados que huyeron de sus pueblos y comunidades de origen alentados por el miedo, la inseguridad y el temor causados por grupos subversivos y miembros del ejército. Esto trastocó intensamente la anterior distribución, organización urbanística y dinámica de la ciudad.

Dentro de la misma ciudad, surgieron actores de carácter colectivo con cierta estructura, característica, dinámica y sentido de pertenencia, circunscritos en la producción del miedo y la inseguridad, que adquirió auge en la década del noventa. Las pandillas juveniles fueron identificadas como los actores territoriales que más marcaron los territorios del miedo y la inseguridad en la dimensión barrial y comunal del distrito de Ayacucho. Seguido en importancia por la delincuencia común emergente, alcohólicos y drogadictos, cuya escala territorial es relativamente pequeño. Estas organizaciones juveniles no pasan inadvertidas no solo por el número de sus integrantes, sus formas de apropiación territorial, sus maneras de habitar el barrio y la ciudad; sino también por la imposición de sus normas mediante el uso de la violencia.

De esta manera, en el imaginario colectivo amedrentado, así como en el de ciertas autoridades locales, los productores de ese ambiente siguen siendo las pandillas juveniles. Esto obedece a

que los actores y los lugares han quedado estigmatizados en la memoria de las personas que, al mismo tiempo, mantienen una cognición espacial fragmentada.

Bibliografía

- Berger, y. (2001). La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu.
- Castells, M. (1977). Cuestión urbana. Madrid: Siglo XXI.
- Coral, I (2006) Desplazamiento, inserción y retorno en Ayacucho (1993-1997), *Amerique Latine Histoire et Memore. Les Cahiers ALHIM*. <http://journals.Openedition.Org/Algim/661>.
- De Certeau, M. (1996). La invención de lo cotidiano. Mexico: UIA, ITESO, CEMCA.
- Delgado, M. (2007). Sociedades movilizadas. Pasos hacia una antropología de las calles. Barcelona: Anagrama.
- Feiza, C. (2007). De jóvenes bandas y tribus. Antropología de las calles. Barcelona: Ariel.
- Giddens, A. (1998). Tiempo, espacio y regionalización en la constitución de la sociedad. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1995). Estigma: La identidad deteriorada. Buenos Aires, Madrid: Amorrortu.
- Gonzalez, E. y. (1995). La ciudad de Huamanga: Espacio, historia y cultura . Ayacucho: Universidad Nacional de san Cristobal de Huamanga y Centro de peruano de Estudios Sociales.
- Gutierrez, J. (2017). Violencia urbana e inseguridad en el imaginario de los vecinos de Ayacucho. Lima: Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga y Lluvia Editores.
- Lechner, N. (2001). Nuestros miedos. En miedo. Reflexiones sobre su dimension social y cultural. Medellin: Corporacion Region .
- Lefebvre, H. (2013). La producción del espacio . España: Capitan Swing libros.
- Niño, S (2000) Territorios del miedo en Santafé de Bogotá (Colombia). En *Revista investigación y desarrollo*, 8, 2: 170-179.
- Silva, A. (2000). Imaginarios urbanos. Colombia: Arango editores.
- Vergara, A. (2010). Dentro de los tuneles de sentido. Violencia, imaginarios, organización social, rituales y lenguaje en las pandillas juveniles de Ayacucho. Mexico: INAH y ENAH.
- Vergara, A. (2017). Estudios sobre el territorio: Métodos y teorías. Conflicto, actores, emoseñificaciones, estetica y simbolismo. Ayacucho, Peru: Producciones estrategicas, Pares.